

LA BELLEZA DE LO MARGINAL:

EL DISPARATE COMO PRINCIPIO, EL DISPARATE COMO LUGAR.

¿Y si Lola Flores hubiera sido un superhéroe? ¿Y si Lobezno hubiera nacido en la Puebla de Cazalla, habría sido un cantaor flamenco? ¿Y si Antonio Saura hubiera sido pop un Domingo de Ramos?...

Y así podríamos seguir haciéndonos un sinfín de preguntas en las que descontextualizando mundos tan diversos como dispares nos acercamos sin frenos a la obra de Murdo Ortiz. Un mundo lleno de referencias a la cultura popular del superhéroe, el folclore... máscaras y rostros lo inundan todo.

Nuevos seres mitológicos que han nacido lejos del olimpo y que se acercan al mundo *freak* hacen su aparición. Zeus dejó de estar en el cielo para convertirse en un dios "molón", pues como Zaratustra, solo podría creer en un Dios que supiera bailar. Con el que pudiera salir a tomar copas, pintar en muros abandonados y hacer del paisaje urbano un lugar fantástico y habitable, ni triste ni hostil. Su modo de ver es al final su modo de ser, un *outsider* lejos de cualquier convención.

En su trabajo encontramos, por un lado, la oscuridad e inmensidad de lo primitivo, por otro la luz y el color de lo que está vivo y donde hay una verdad por encima de todo que, aunque no sepamos cual es, sabemos que existe. Reivindica la pureza sin saberlo, sin ser plenamente consciente de ello, huyendo de la frivolidad y la epidermis en la que se mueve la escena artística más ortodoxa, la llamada emergente. Esa que, como zombis, se alimenta del aplauso huero. Él, su trabajo, están al margen, emerge cuando quiere, como quiere y donde quiere. Alejado de pedanterías e imposturas prefiere ser antes que parecer, algo tan olvidado -a veces hasta denostado- en el escaparate de hoy en día.

Sus máscaras y criaturas son tan atractivas como venenosas. En ellas, la naturaleza se hace incontrolable, como un volcán en erupción, como el viento de levante o un mar embravecido. Estar frente a una obra de Murdo Ortiz es un soplo de aire fresco en un habitáculo de ambiente rancio, manido. Él es un bruto -en el sentido de lo puro- y lleva esa fuerza bruta, iniciática y primitiva a su trabajo. Solo aporta verdad. En él, el informalismo se intenta tornar pop y la imagen, incontrolable, camina por determinados senderos con total impunidad. Murdo no puede domesticar su imagen, ésta está por encima de él. Y en la batalla entre la figuración y la abstracción, entre el informalismo y lo pop siembre acaba ganando la verdad, y con ella, lo lúdico y con lo lúdico el disparate. El desenfado y la desdramatización serán constantes, la obra de arte no se convierte en un lugar de eruditos para eruditos, aquí una nueva mitología pop desciende de los altares y se entremezcla y convive con nosotros, cargada de humor y diversión.

Algunas de las imágenes que vemos en este libro nos recuerdan a las últimas obras de Saura. Aquellos collages de postales que actualmente se encuentran en el Museo Reina Sofía y que interviene directamente con pintura. Fotografías de mujeres sobre las que garabatea. Murdo también tiene eso, impulsos que responden a apetitos pictóricos que hay que saciar desde lo inmediato.

No hay mentiras, nada se finge porque no hay lugar para ello, ni siquiera la capacidad -tómese como valor positivo-. Lo que hay es lo que está. No hay vueltas de hojas, ni dobles, solo la

intención clara de ser. De ser ante todo, sea lo que sea lo que haya que ser, pero ser por encima de todo.

Fernando Sáez Pradas